

—Vamos á ver, ¿tienes alguna queja de Lucas?

—¡Oh, no, ninguna! Sé que me aprecia mucho, somos muy amigos.

—Entonces ¿qué quieres? Te quiere como te puedes querer. Haces mal en enfadarte con él.

—¡Pero si yo no me enfado! Yo no tengo odio á nadie; sólo tengo pena.

Volviéron los sollozos, nueva ola de angustia la sumergió, haciéndola gritar:

—¿Por qué no me quiere, por qué no me quiere?

—Si no te ama de amor, como tú quisieras, es que no te conoce bastante. No, no te conoce como yo te conozco, no sabe que eres la mejor, la más amable, la más abnegada, la más amante. Tú hubieras sido la compañera, el apoyo, la que facilita y suaviza la vida. Pero ha vencido la otra con su belleza; y mucha fuerza hay en esto, cuando la ha seguido, sin verte á ti, que, sin embargo, ya le amabas... Tienes que resignarte.

La había cogido en brazos, la besaba el cabello. Pero ella seguía luchando,

—¡No, no! ¡No puedo!

—Sí, ya te resignarás, eres muy buena, muy inteligente para no resignarte... Llegarás á olvidar.

—¡Oh, no, no! ¡Nunca!

—No he dicho bien; no te pido que olvides; guarda ese recuerdo en tu corazón, sólo tú sufrirás con él... Pero te pido resignación, porque sé que siempre la has tenido, que eres capaz de ella, hasta poder renunciar, hasta el sacrificio... Piensa en todas las desgracias que vendrían si te rebelaras, si hablases. Destrozarias nuestra vida, en ruinas quedarían nuestras empresas; padecerías mil veces más.

—Bueno—le interrumpió temblorosa,—pues que se rompa todo, que se arruine. Al menos me desahogaré. Mal haces, hermano, hablándome así. Eres egoísta.

—¡Egoísta, cuando sólo pienso en ti, hermanilla adorada! En este momento el dolor exaspera tu carácter, tan bueno. ¡Qué remordimiento el tuyo, si te dejara destruirlo todo! Mañana no podrías vivir entre los escombros amontonados... Pobre corazoncito, ya te re-

signarás. De abnegación y de cariño se hará la dicha para ti.

Les ahogaban las lágrimas. Mezclaban sus sollozos. Enternecía aquel amor fraternal, aquella lucha entre dos seres tan amantes, tan candorosos.

Y él repetía, en tono de inmensa lástima, con infinito cariño:

—Ya te resignarás, ya te resignarás.

Protestaba ella todavía, pero iba entregándose; ya no tenía más que un quejido de pobre víctima lastimada, cuyo dolor se quiere adormecer.

—¡Oh, no! quiero sufrir... No puedo, no me resigno.

Aquel día almorzaba Lucas con los Jordán, y cuando, á las once y media, se presentó, todavía los encontró conmovidos, los ojos llorosos. Pero él también padecía tanto, que no lo echó de ver. La necesaria despedida de Josina le desesperaba. Era como si le arrancaran la postrer energía el llevarle su amor, que creía necesario para su misión. Si no salvaba á Josina, jamás salvaría al pueblo miserable á quien había dado su corazón.

En cuanto se levantó, todos los obstáculos que le estorbaban, se le presentaron invencibles. Había visto, en negra visión, la Crécherie perdida, hasta el punto de parecerle locura soñar con salvarla. Allí se devoraban los hombres, no había podido establecer la fraternidad entre ellos; todas las fatalidades humanas se encarnizaban contra su empresa. Y, de repente, había perdido la fe, presa de la más terrible crisis de desaliento que hasta entonces había sufrido. El héroe, en él, vacilaba, agravando el mal, próximo á renunciar á su empeño ante el temor de la cercana derrota.

Scurette, notando su turbación, tuvo la divina ternura de inquietarse por ella.

—¿Se siente usted mal, amigo mío?

—Sí, no me siento muy bien; he pasado una mañana atroz... Desde que me he levantado, cada noticia una desgracia.

No insistió ella; le miraba con ansiedad, preguntándose cuál podría ser su dolor, si amaba y era amado. Para ocultar un poco su propia emoción, se había

acercado á su mesa de trabajo fingiendo tomar notas para su hermano, el cual había vuelto á echarse en su butaca, fatigado.

—Entonces, mi querido Lucas—dijo Jordán,—allá nos vamos todos; pues si yo me levanté bastante fuerte, he tenido también tales contratiempos, que estoy en tierra.

Lucas se paseó un momento, sombrío el rostro, sin decir una palabra. Iba y venía deteniéndose á veces delante de la alta ventana mirando á la Cr cherie, á la ciudad naciente. Después no pudo contener el flujo de su desesperación, y habl :

—Amigo mío, ya es necesario que hablemos... No se le ha querido turbar en sus investigaciones, y se le ha ocultado que en la Cr cherie nuestros negocios van muy mal. Los obreros nos dejan; todo es rebeldía y desunión entre ellos, por causa de las eternas discordias del egoismo y del odio. Beauclair entero se subleva, los comerciantes, los mismos trabajadores cuyos hábitos alteramos, nos hacen tan penosa la vida, que nuestra situación cada día es más alarmante.... En fin, yo no s e si las cosas me parecen hoy demasiado sombr as, pero ya no veo esperanza. Creo que estamos perdidos, y no puedo ocultar á usted más tiempo la catástrofe á que vamos.

Jordán le o a con asombro, pero muy tranquilo, y hasta sonrió ligeramente.

— No exagera usted un poco, amigo mío?

—Supongamos que exagero, que la ruina no es para mañana... Aun así, no me creería un hombre honrado, si no le advirtiera que temo una ruina próxima. Cuando le pedí a usted terreno, dinero para la empresa de salvación social que soñaba,  no le prometí, además de una grande y hermosa acción digna de usted, un buen negocio? Pues le he engañado, su fortuna se va á sepultar en la mayor derrota.  C mo quiere usted que no me acosen terribles remordimientos?

Con un ademán, Jordán había intentado interrumpirle, como para decir que el dinero no le importaba. Pero Lucas continuó:

—Y no son únicamente las considerables sumas ya perdidas, sino las que se necesitan cada día para pro-

longar la lucha. Yo no me atrevo á ped rselas á usted, pues si yo puedo sacrificarme por completo, no tengo el derecho de arrastrarles en mi ca da á usted y á su hermana.

Se dejó caer en una silla con las piernas como rotas, abatido, mientras S urette, muy pálida, sentada aún delante de su mesa siempre, mirándolos, o a con emoción profunda.

—Verdaderamente las cosas van muy mal—replicó Jordán con voz tranquila.—Y sin embargo, la idea de usted era muy buena, y había usted acabado por convencerme... Yo no se lo había ocultado; no me mezclaba en esas tentativas políticas y sociales, convencido de que sólo la ciencia es revolucionaria y que sólo ella acabar  la evolución de mañana llevando al hombre á toda verdad y á toda justicia...  Pero era tan hermosa vuestra solidaridad! Desde esta ventana, después de mis horas buenas de trabajo, miraba yo con interés brotar vuestra ciudad. Me divertía, y dec ame que para ella trabajaba yo también y que algún día sería su gran fuerza la electricidad, la obrera activa y bienhechora...  Habr  que renunciar á todo eso?

Lucas, entonces, dej  escapar este grito de cansancio supremo:

—Se me acab  la energía, no siento en mí ningún valor, toda mi fe se ha ido. Todo se acabó; vengo á decirles que lo abandono todo antes que exigirles un nuevo sacrificio.... Porque vamos, amigo mío, el dinero que aun necesitaríamos...  se atrevería usted á d rmelo ni tendría yo la audacia de pedírselo?

Y jamás grito de desesperación más desgarrador salió del pecho de un hombre. Era la hora mala, la hora negra que conocen bien todos los h eros, todos los apóstoles, la hora en que la gracia se va, en que la misión se oscurece, en que la empresa parece imposible. Derrota pasajera, cobardía de un momento que causa dolor terrible.

Volvió Jordán á su apacible sonreir. No respondió en seguida á la cuestión que Lucas le planteaba, temblando, á propósito de las grandes sumas de dinero que todavía serían necesarias. Con un movimiento, por-

que sintió frío; atrajo las mantas hacia sus miembros débiles. Y dijo suavemente:

—Ha de saber usted, amigo mío, que tampoco yo estoy muy contento. Sí, esta mañana me ha ocurrido un verdadero desastre... Ya sabe usted mi descubrimiento para transportar la fuerza eléctrica á bajo precio y sin malgastar nada. Pues bueno, me había engañado. No tengo absolutamente nada de lo que creía tener. Esta mañana, un experimento de comprobación ha fracasado totalmente y me he convencido de que hay que empezar de nuevo. Hay que volver á emprender el trabajo de años y años. Ya comprende usted lo molesto que es tropezar así con una derrota, cuando se cree estar seguro de la victoria.

Scurette se había vuelto hacia él, trastornada al saber así aquel contratiempo que ignoraba todavía. También Lucas, compadecido á pesar de sus propias penas, había alargado la mano para estrechar con fraternal simpatía la de Jordán. Sólo éste seguía tranquilo con su temblorillo de fiebre, que era corriente siempre que se excitaba demasiado.

—Y entonces, ¿qué va usted á hacer?

—¿Qué voy á hacer, amigo mío? Pues voy á ponerme otra vez al trabajo. Mañana volveré á empezar tomando mi empeño desde el principio, puesto que hay que reformarlo todo. Es muy sencillo, no hay otra cosa que hacer. ¡Ya lo oye usted! Jamás se abandona una empresa. Si se necesitan veinte años, treinta, vidas enteras; se le dan. Si se ha engañado uno, otra vez pasc atrás, y se vuelve á andar el camino ya recorrido cuantas veces hace falta. Los impedimentos, los obstáculos no son más que paradas, las dificultades inevitables del camino. Una empresa es un hijo sagrado, que es criminal no hacer que nazca. Es nuestra sangre, no tenemos derecho de negarnos á su creación; le debemos toda nuestra fuerza, toda nuestra alma, nuestra carne y nuestro espíritu. Como la madre que muere á veces por causa de la criatura querida que concibe, debemos estar dispuestos á morir por nuestra empresa, si nos agota. Y si no nos ha costado la vida, corriente; sólo una cosa tenemos que hacer cuando está acabada, viva, fuerte: emprender otro tra-

bajo, sin detenernos jamás; siempre una empresa tras otra, mientras estemos en pie, inteligentes y viriles.

Parecía que había crecido, que era grande, fuerte, como acorazado por su creencia en el esfuerzo humano contra todo desaliento, seguro de vencer si utilizaba para la victoria hasta el último latido de sus venas. Y Lucas, que le oía, sentía venir á él, de aquel sér tan débil, un soplo de indomable energía.

—¡El trabajo! ¡El trabajo!—continuó Jordán,—no hay otra fuerza. Cuando uno ha puesto toda su fe en el trabajo, se es invencible. Y es tan fácil crear un mundo; basta, todas las mañanas, volver á la faena, añadir una piedra á las piedras del monumento ya colocadas; hacerle subir tanto como lo permita la vida, sin prisa, por el empleo metódico de las energías físicas ó intelectuales de que se dispone. ¿Por qué dudar de mañana, si lo hacemos nosotros, gracias á nuestro trabajo de hoy? Todo lo que nuestro trabajo siembra, mañana nos lo da. ¡Ah! ¡Trabajo sagrado, trabajo creador y salvador, que es mi vida, mi única razón de vivir!

Sus miradas se habían perdido en la lontananza; ya no hablaba más que para sí, repitiendo este himno al trabajo, que volvía sin cesar á sus labios en las grandes emociones. Y una vez más contaba cómo el trabajo le había consolado, le había sostenido siempre. Si aún vivía, era porque había puesto en su vida una obra para la cual había regularizado todas sus funciones. Estaba seguro de no morir mientras su obra no estuviera acabada. El que se entregaba á una empresa encontraba desde luego un guía, un sostén, como el regulador mismo del corazón que latía en su pecho. La existencia adquiría un fin, la salud se ordenaba, nacía un equilibrio que producía la única alegría humana posible: la de la acción bien realizada. En tan enfermizo, jamás había entrado en su laboratorio sin sentir algún alivio. ¡Cuántas veces se había puesto al trabajo con los miembros doloridos, llorando con el corazón! Y siempre el trabajo le había curado. Sus incertidumbres, sus raros desalientos, siempre habían provenido de las horas de pereza. La empresa conducía á su creador; no le era funesta, no le hundía hasta el momento en que la abandonaba.

De pronto se volvió hacia Lucas y concluyó diciéndole sonriente:

—Créalo usted, amigo mío, si usted deja morir á la Créchérie, morirá usted por la Créchérie. Su empresa es usted mismo. Hay que vivirla hasta el fin.

Lucas se había puesto en pie, con un arranque de todo su sér. Lo que acababa de oír, este acto de fe en el trabajo, este amor apasionado de la empresa, le elevaba con aliento heroico, le devolvía á toda su fuerza. En sus horas de cansancio y de duda, solo de aquel baño de energía que corría á tomar junto á su amigo, aquel pobre cuerpo enfermizo, emanaba semejante irradiación de paz y de certidumbre. Siempre obraba el encanto, un flujo de valor le inundaba, ya no sentía más que la impaciencia de volver á la lucha.

—¡Oh!—gritó,—tiene usted razón, soy un cobarde, tengo vergüenza de haber desesperado. La dicha humana no está más que en la glorificación del trabajo, en la reorganización del trabajo salvador. El fundará nuestra ciudad. ¡Pero ese dinero, pero ese dinero que habrá que arriesgar todavía!

Jordán, agotado por la pasión con que acababa de hablar, envolvía los flacos hombros, apretando más contra sí las mantas. Y dijo sencillamente con voz débil, cansada.

—Ese dinero yo se lo daré á usted. Haremos economías; ya nos arreglaremos. Bien sabe usted que con poco nos basta: leche, huevos y fruta. Con tal que pueda pagar los gastos de mis experimentos, lo demás marchará bien.

Lucas le había cogido las manos, que estrechaba con emoción profunda.

—¡Amigo mío, amigo mío!... Pero, ¿y su hermana, vamos á arruinarla también?

—Es verdad—dijo Jordán,—nos olvidamos de Scœurette.

Se volvieron; Scœurette, silenciosa, lloraba. Seguía sentada junto á su mesita, apoyados en ella los codos, la barba en las manos. Grandes lágrimas rodaban por sus mejillas, al desahogarse su pobre corazón torturado y que sangraba, con aquella ola de ternura. También á ella, lo que acababa de oír la había trans-

fornado, elevando lo más hondo de su sér. Todo lo que su hermano decía para Lucas, resonaba en ella con igual energía. Esta necesidad del trabajo, esta abnegación ante un empeño, ¿no era la vida aceptada, vida lealmente para la mayor armonía posible? En adelante, también ella se hubiera considerado como Lucas, mala y cobarde, si hubiera estorbado á la empresa, si no se hubiera sacrificado á ella hasta renunciar á todo. Volvía á ella otra vez su gran valor de alma buena, sencilla y sublime.

Se levantó, se abrazó á su hermano; así estuvo algún tiempo, y con la cabeza en su hombro, le dijo suavemente al oído, despacio:

—¡Gracias! Me has curado; me sacrificaré.

En tanto, Lucas, agitado con nuevo afán de acción; había vuelto á la ventana, mirando el gran cielo azul brillar sobre los tejados de la Créchérie. Y al retirarse, repetía una vez más:

—¡Si es que no aman! ¡El día que amen, todo se fecundará, todo brotará triunfando bajo el sol!

Scœurette, que se le había acercado cariñosa, dijo entonces, con el último temor de su triste carne dominada:

—Y hay que amar sin querer ser amado; porque la empresa no puede comenzar á ser más que por amor de los demás.

Esta frase de una criatura que se entregaba toda con la única alegría de entregarse, cayó en medio de un gran silencio en que temblaba algo. No hablaron más; los tres, unidos en fraternidad estrecha, contemplaron á lo lejos, entre verdores, la ciudad naciente de justicia y de felicidad que iba á extenderse poco á poco á lo infinito, ahora que estaba sembrado mucho amor.

#### IV

Desde entonces, Lucas, el constructor, el fundador de pueblos, volvió en sí, quiso, obró, y los hombres y las piedras se levantaron á su voz. Se vió al apóstol